La calle para el martes 27 de marzo de 2007
Diario de un espectador
Cobrador
por miguel ángel granados chapa

El rostro oscuro ennegrecido por el barro, los ojos enigmáticos, entre tristes y calculadores, así emerge al primer plano de *El cobrador* su protagonista, encarnado por Lázaro Ramos, sosteniendo con la frente el saco en que transporta la tierra fangosa donde ya se sabe que no hubo oro.

Para esa cinta, Paul Leduc tomó de Brasil ese y tres ingredientes principales más. Por una parte, los relatos de Rubem Fonseca, de que hablamos ayer. Enseguida, una fotografía de la mina de oro de Sierra Pelada, en el norte de aquel país, parte del trabajo documental de Sebastiao Salgado. Y, al final pero no por ello lo menos importante, la música de Tom Ze, con cuya *Curiosidades* (¿quién está poniendo dinamita a la cabeza del siglo?) cierra esta estremecedora producción, hecha con todo el arte y toda la fuerza de un cineasta experimentado y lleno de pasión. Esas aportaciones brasileñas fueron amasadas por Leduc con fragmentos de la vida (la real y la imaginaria, en permanente combinación que elimina fronteras) de Estados Unidos, México, Buenos Aires, y la presencia de Antonella Costa y Peter Fonda (y Dolores Heredia e Isela Vega).

Paul Leduc compuso de ese modo una obra magistral, que arroja a la conciencia de los espectadores “la violencia de la globalización y la globalización de la violencia”. *El cobrador* se llama la cinta, como se llama el libro de relatos de Fonseca aparecido en 1979 y el cuento principal de ese libro. A diferencia de los resignados que rezan el Padrenuestro, el protagonista de la pieza no implora a Dios perdón para sus pecados de igual modo que “nosotros perdonamos a nuestros deudores”. Al contrario, él está decidido a cobrar a sus deudores todo lo que le deben. El ubicuo muchacho, neoyorquino o brasileño, estalla de pronto, atenaceados sus rencores por el dolor de una muela putrefacta y todo lo destroza, incluido el operario que entre indolente y burlón pretendió devolverle la salud bucal. Desde ese instante inicial no hay minuto sin violencia directamente mostrada o evocada, o anunciada o hecha materia de reflexión. Violencia física, ciega, violencia surgida de tormentas interiores, de la necesidad de autoafirmación, de la sed de venganza o de justicia. Violencia delincuencial, violencia terrorista, violencia gratuita, violencia sin más.

La narración filmica no deja en paz a los espectadores. Los atosiga constantemente, los empuja a contrastar las escenas que el director le impone con sus vivencias directas o la información que trivializada y todo, edulcorada con publicidad mentirosa, los agrede en la televisión. A pesar de que captura trozos de vida verosímiles, y aun conocidos, la cinta de Leduc dista de ser un simplón repaso de la cotidianidad y menos todavía un atado de lugares comunes. Es, al contrario, una constante recreación de situaciones políticas, sociales, humanas al mismo tiempo evidentes y ocultas, sabidas e ignoradas.

Fonda encarna la decrepitud, el trastorno moral de un hombre solitario en medio de su familia y su comodidad. Típico practicante de vida doble, mata por matar o intenta prolongar un vigor sexual que de todas maneras reposaba ya. Antonella Costa es una fotógrafa argentina en México, que en contacto con el agresivo minero, escritor, rebelde, cobrador a quien da vida Lázaro Ramos ventila las querellas que le vienen de la guerra sucia de su país de origen, de la tragedia de suponer que sus padres formales quizá ultimaron a sus padres verdaderos.

La gran calidad del cine ahora en boga a causa de sus premios internacionales no es fenómeno nuevo. De muchos modos la generaron creadores como Leduc que al abrir su lente para mostrar el trabajo minero esclavo o cerrarla para detenerse moroso en la intimidad de una pareja comprueba su capacidad de entender y hacer cine.